

Competencia tercermundista

Alicia —Siento a la salud perjudicada por las constantes frustraciones. La siento perjudicada, por no poder lograr lo mínimamente proyectado. Lo siento en usted, en mí, y en el mundo que me rodea. Quizá, si fuésemos menos ambiciosos, con respecto a lo que pretendemos ser, seríamos un poco más... sanos... ¿no? (Intentando buscar una explicación): Lo que aquí ocurre, es que han construido una sociedad un tanto competitiva; y si no te calzás los proyectos al hombro, te quedas afuera. Ya no existe la opción de parar el mundo y bajarse. Uno, sin querer, construye esa imagen mental del futuro a alcanzar. Es casi la educación evolutiva social de nuestro inconsciente. Son los proyectos que han almacenado nuestros padres, año a año, en nuestra cabeza; más los proyectos personales; más lo que la sociedad pretende de nosotros... Digamos que es casi dinamita pura para nuestra salud. Porque, generalmente, este prehistórico tercer mundo, no resplandece de felices caminos. (Girando rotundamente): Y del otro lado del cuadrilátero, tenemos a la vida, que, por lo que se ha dejado ver hasta ahora, es tan sólo una. Por ende, nos auto-exigimos a diario para aprovecharla como creemos que se debe. ¿Y cómo es que se debe? Muchos creen que se trata de dejar huellas a la posteridad (Sacrificio estresante si los hay). Huellas de quienes ya no están, para los que siguen estando, quién sabe por cuánto más. Después de todo, todo será cenizas. Las huellas, uno, el otro, y usted también. ¿Y entonces? Nuevamente todo vuelve a un sentido existencial. A un sentido de querer existir locamente... a los gritos..., o en silencio..., ... pero existir. Como sea, pero existir. Desnudándose en la tele..., escribiendo un libro..., haciendo arte..., amando... Tratar de ser el mejor en los nuestro, sin saber qué es lo nuestro. Y sin saber, que el que decide que somos los

mejores, no es el mejor en lo suyo. (Grandilocuente): El mejor. Competir. Dar toda nuestra salud para llegar a ser el mejor. Para que nuestros hijos sean los mejores. Educarlos para que puedan superar al vecino, y quitarles de a una vez por todas, esa loca idea, de que sólo necesitan nuestro amor. Prepararlos para la competencia tercermundista. ¡Preparados, listos, ya! Prepararlo para que sea el más capacitado de toda la cola. De esa cola que espera, bajo el fogoso sol, por un trabajo mediocre y mal pago. Prepararlo para que no sufra. Prepararlo para que tenga todo lo necesario. Prepararlo para que pueda pagar la hipoteca, y la construcción de esas rejas contra los no preparados, contra la chusma, contra los que no tuvieron los medios para comprarse sus propias rejas protectoras. Esas que se pueden sacar en cómodas cuotas. Esas que vienen electrificadas y pintadas en cálidos y divertidos colores. No hay nada más añorado que el título universitario. Ese título que abre puertas hacia trabajos bien pagos. Trabajos que nos permitirán la construcción de rejas que nos aíslen y protejan del tercer mundo. De este mundo de cuarta... poner quinta... y dejar a todos atrás. Atrás y afuera. (Finalizando resignado): Después de todo, nada podemos hacer, si ya nos dijeron que no se puede hacer nada, aquellos que nada hacen, ni hicieron. Tan sólo eso. Nada más.